

Manuel Francisco Rodríguez

HOY TAMPOCO TE LO VAS A CREER, LAURA

Parece imposible, cosa de locos, me dices cada vez que te lo cuento. Ojalá estuvieras aquí y pudieras oírlo, no digo verlo.

Sí, ya sé que tú has sido siempre muy reacia a los viejos con babas y en silla de ruedas. Mucho más si son ciegos y les acribilla la memoria. Muchísimo más si tienen la próstata fatal y una verborrea del demonio. Pero qué le voy a hacer si, en cuanto llego a su casa y le pregunto cómo está, el viejo empieza a hablarme de la lluvia en su rostro una mañana de noviembre, de la picardía que usan los erizos para robarse las manzanas o de esa casa que construyó su abuelo nada más volver de Cuba...

También de su padre, maestro nacional cuando la República, que murió antes de saltar por la ventana de aquel amanecer que vinieron a buscarlo...

De su madre, que sigue esperándolo sin sueño cada noche...

O, como pasa hoy, de las llamadas de socorro en el Morse de una madrugada helada... El barco y la tripulación a la deriva de su suerte... Mala suerte de la que no saben salir... El océano contagiando sus gargantas... Que no paran de gritar... El cielo, de pronto, se puso muy negro... Y el mar se elevó como una catedral...

Fue en ese momento cuando el viejo notó contra su pecho la congoja de aceptar que iba a

morir sin saber para qué coño había nacido...

—La vida, chaval, es un puro trabalenguas —me dice y busca a tientas ese cenicero donde aplasta los cigarrillos que le enciendo.

Ya sé, Laura, que no entiendes mi entusiasmo en esta tarea por la que casi no me pagan. Que tampoco te parece normal tanta paciencia. Pero qué le voy a hacer si...

Regreso a toda prisa a la madrugada de ese 31 de diciembre de 1943 y vuelvo a ver el buque encallado entre las rocas... Los cuerpos de los marineros sobre la cubierta... El casco a punto ya de rajarse... Su quejido rompe los tímpanos y anima a llorar... O a rezar...

Por suerte, justo a tiempo, el viejo se agarra a la goma de esa balsa que otros arrojan al mar para salvarse y...

Sin saber cómo ni por qué, él también se salva...

Que no me digas tú si nacer o morir no es cuestión de suerte.

Aunque lo que sigue es de película de Hollywood. Sí, porque, en cuanto el temporal amaina y sale el sol, grande y redondo como una naranja, aparece por el horizonte la silueta del yate del capitán Copenhague. Que es como para no creer en los milagros.

Te aclaro, por si todavía no lo sabes, que el capitán Copenhague fue en el siglo pasado uno

de los hombres más ricos del planeta. Socio en su tiempo de Maquero el gaviero, traficó toda su vida con diamantes.

Y dicen aquellos que le conocieron bien, que siempre había una mujer de agua dulce en su litera. Porque el capitán era misógino pero no gilipollas.

(Ya sé Laura que a estas alturas andarás cagándote en mi madre porque hoy tampoco tengo una disculpa que me salve. Además, ya son más de las nueve. Eso sí, no me negarás que no hay misógino que no ligue más que un don Juan en este mundo de mentira donde nada es lo que parece y las muchachas como tú se enamoran de sinvergüenzas como yo).

Y dime, tú que tienes explicaciones para todo, cómo puedo dejar al ciego con la palabra en la boca si todo se complica en un final feliz de aquí te espero...

Sí, porque, después del rescate, una vez almorzaron los trozos de un adobo exquisito acompañados de vino blanco, ron y hierbabuena, el capitán lo llamó a su camarote para decirle (no se te olvide que por aquel entonces él era todavía un jovencito sin apenas barba)...

—Escucha muchacho y desconfía de quienes escriben la historia, también de quienes la cuentan. Mucho más de quienes la esconden buscando obtener con ello algún partido. Todo lo que sé lo aprendí de mi madre, ella me lo enseñó mientras mamaba de sus pezones duros. Lo demás son conjeturas de imbéciles que tratan de explicar el mundo sólo porque a ellos les da pánico. Y, recuerda que sobre esta tierra achata-da por los polos, bastante miserable, por cierto, nadie sabe nada. A lo más, todos disimulamos como si fuéramos lumbreras mientras silbamos

obedientes el estribillo que nos mandan. Mira, no quisiera meterme donde no me llaman, pero si quieres un buen consejo te diré que la vida es para vivirla sin preguntarse jamás por qué hicimos aquello que un día hicimos o por qué dejamos de hacer lo que no hicimos. Fue así y valió, dirás cuando seas viejo acordándote de mí. Y es que no merece la pena leer las instrucciones de este pasatiempo que siempre acaba en muerte. Así que goza, goza cuanto puedas. Crece y no te lamentes. Nuca te lamentes. Lamentarse es la peor consecuencia del fracaso.

¿Sigues ahí, Laura querida?

A veces, si le quedan ganas y a mí algo de tabaco, el viejo me habla de mujeres. Casi todas viejas o ya muertas. También de ese sueño que no quiere morirse sin cumplir.

Y, mientras habla, señala con un dedo el polvo que cubre las botellas. Coñac. También algo de whisky.

En sus posos habita un espejismo, me advierte mientras brindamos.

Por nosotros.

Ya sé que desde que empecé la prestación social casi no nos vemos. Pero, esta tarde, tenía que ser esta tarde, desde su cabeza vuelven a zarpar navíos que cruzan océanos con mar de poniente. Bajales en los que subo deseoso de aventuras que me hagan mayor...

No sigo porque luego dices que me enrolló y es verdad. Tú siempre tienes razón mientras me insultas después de esa cita a la que hoy tampoco acudiré porque al viejo se le ocurrió, a última hora, contarme cómo fue que encalló una noche vieja en el Cabo de Hornos.

Aunque si quieres que te diga la verdad, a mí la historia que más me gusta es la de ese

monzón caprichoso que lo tuvo tres semanas hambriento y sin memoria en el mar de la China. Monzón del que salió ileso gracias al milagro de una ballena que le marcaba la ruta dejando a su paso pececillos de colores. Ellos le llevaron hasta Goa. Lugar donde conoció a la mujer más bella de la India. Apenas una muchacha que paseaba descalza por las calles llevando sobre los hombros un loro. El bicho se llamaba Flaubert y si le pedías que ladrara igual que un perro cumplía tu deseo con tantas ganas de agradar que, ahí donde lo ves, con sus colores de loro y su pico de loro, parecía un dóberman a punto de morderte.

Ya sé que eres lo bastante sensata como para no aceptar así como así la historia del loro. Por eso cambio de tema y te cuento que, en un lejano viernes con simún, el simún es un viento muy caliente que sopla en el desierto, el viejo quedó atrapado en el hechizo de una joven princesa con la que vivió casi tres meses. Atrapado, me dice, en un delirio que lo volvió aún más insensato.

—Al pasado, Manuel, hay que acercarse siempre de puntillas —me apunta mientras repasa su desgracia. Vida de pedreas con hambre y mala estrella, como le gusta murmurar.

Luego me habla de un batallón de soldados hambrientos. Los mismos que lo acompañaron cuando estaba vivo y todavía era un mocoso. De poetas y paisajes. De un atardecer, en Guadarrama, que no se le va de la cabeza.

Como puedes ver, soy incapaz de encontrar una excusa que me permita salir corriendo y dejarlo con la palabra en la boca. Mucho más hoy, que al socaire de su propia memoria, el hombre alza las manos y me enseña sus uñas maltrechas.

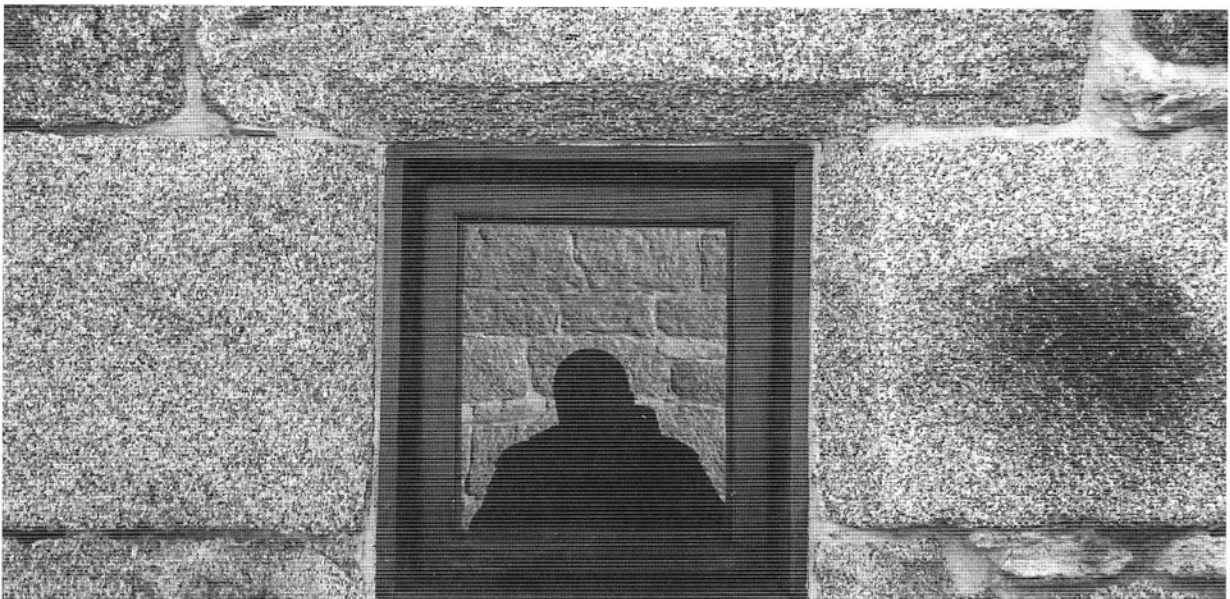
—Tócalas, me dice, son las mismas con las escribí en las paredes de la cuadra los nombres y apellidos de los que mataron a mi padre.

Arrechuchos de pasado que nublan, de repente, su cabeza hasta hacerle llorar...

Y cuando empiezo a saber que se hace tarde y debo irme, te juro que hoy ya estaba poniéndome el abrigo, ¿no va y me pide otro cigarrillo?

—El último —me suplica con cara de píllo. Que es como si lo oliera. ¿No dicen que los ciegos tienen mucho más desarrollados los demás sentidos...?

—Anda, Manuel, ¿qué prisa tienes?, quédate un ratito más.



Y yo, que soy un blando (ahí sí que tienes tú razón porque blando soy un rato) y no sé decir que no, me quito el abrigo, busco un cigarrillo y se lo enciendo sabiendo que ahora viene lo mejor pues, en cuanto el viejo aspira ese humo que le ha prohibido el médico (de algo hay que morir), se enfrasca en una nueva retahíla de recuerdos...

—Ese viejo chochea —me dijiste el primer día que te hablé de él. Qué pronto le calaste.

Te imagino cansada de esperarme. La nariz roja de rabia mientras caminas hacia la boca del metro diciéndote (y ya diciéndome), te vas a enterar, majete, te vas a enterar...

Perdona Laura, no es por nada, pero es que ahora el viejo me habla de una mujer enlutada. De las tapias de un cementerio pintado con sangre. También de la cola de un perro canela que los sigue hasta la tumba de su tío Ramón.

La mujer es su madre, el perro se llama Genaro y a su tío le dieron la otra noche matarile.

¿Qué no sabes qué es dar matarile?

Mejor ni te lo cuento.

Ilusionado porque decido quedarme un rato más, el viejo abre ese mapa que lleva en la memoria y pasa sus dedos sobre la línea azul de ese río que cruza cada noche. Nada le apetece más que volver a la aldea...

—No se preocupe, madre, que volveré. Tarde o temprano volveré.

Algo que todavía no ha hecho y se arrepiente. Quizá por eso se seca los ojos, estira el cuello y me avisa...

—Más allá de la fuente donde abreva el ganado, detrás del lavadero sin gente, queda la casa. Y, pegada a la casa, la puerta de esa cuadra desde la que Genaro ladra a los que llegaron para llevarse a mi padre —comenta lleno de coraje...

Y, aunque no te lo creas, el viejo respira hondo antes de lanzarse al agua. Luego, nada más llegar a la orilla, tras esquivar las linternas de los guardias, corre a esconderse entre los chopos. A resguardo de ese viento villano que baja de la sierra esperará el anochecer. Será en esa curva donde el tren aminora su marcha desde la que trepará al último vagón.

La luz rasgada de la luna cruza ante sus ojos como un filo de navaja. Aterido por el miedo, siente los frenazos a destiempo y calcula las estaciones, los andenes vacíos, los segundos que entretienen los relojes de una noche que duele más que el mundo.

Nadie espera su llegada, tampoco quiere que nadie sepa por qué vuelve. Cuando se cansa de masticar porciones de pasado, los ojos hambrientos de esperanza, busca una ranura en el portón y mira las estrellas. Todas cosidas al bies de un cielo en calma.

La laguna en sombras le trae la silueta de un búho en su rama. Y el canto indolente de un gallo le devuelve a ese refugio de pastores donde lo atraparon con los dedos helados.

—No es buena la intemperie —dice mirándome a los ojos.

Luego recuerda el rostro de su padre muerto a los pies de la cama.

Su madre grita:

—No te mueras, Andrés. No te mueras.

Y besa esa sangre que le ensucia la cara. Los dos asomados a un espejo que repite las lágrimas...

—Manuel, en este puto mundo no hay nada más injusto que las guerras. Así que no te fíes nunca de los que las hacen en nombre de Dios ni de los que dicen que no pueden evitarse por culpa del diablo.

Nada más decirlo, vacía su copa y me habla de su hermano, que tirita escondido debajo de la cama.

(El pobre morirá de tuberculosis años más tarde).

También del miedo que le araña las tripas mientras baja de dos en dos las escaleras decidido a cruzar el río y alistarse.

... Poco antes de llegar al apeadero se tira del vagón y rueda por esas zarzas que ensucian la vía. No quiere que le huelan los perros del alcalde, tampoco le apetece cruzarse con el sabor de alguna antigua novia ahora ya vieja.

A la orilla de la carretera, sigue el tronco de una encina centenaria. Un rayo abrió la dignidad de su sombra en dos mitades. Desde entonces, nadie se atreve a trocearla.

Cerca de la casa que mandó construir su abuelo, la misma que luego heredó su madre, en el cobertizo donde se escondió a llorar la mañana que mataron a su padre, tropieza con el hocico de un Genaro ya mucho más viejo y trata de serenarlo con palabras.

Después, los pies apoyados en el borde del bebedero, trepa hasta la ventana de la habitación donde duerme su madre (es la misma ventana por la que nunca llegó a saltar su padre) y llama con los nudillos de un anochecer en el que todavía tiene quince años.

Una luz de invierno envuelve la cara que descorre los visillos...

—La traición siempre se clava ahí donde más duele —me dirá, disimulando su temblor. Será en ese momento, mientras acaricia la pena que ensucia las mejillas de su madre, cuando sabré que ya te has ido, cansada de esperarme...

—No llore, madre, no llore, que aunque me vea así tan viejo, casi ciego, la verdad es que pudiera estar peor...

»Ahora vivo en la capital y estoy paralítico pero tengo un amigo que todas las tardes viene a verme. Se llama Manuel y a veces le cuento historias que su novia no se cree. Ella dice que chocheo.

»Yo también tuve una novia, madre. Lástima que me durase tan poco. Sí, después de alistarme voluntario y de caer preso, tras los golpes de esa cárcel a la que me llevaron a rastras, nada más escapar de un campo de concentración francés, embarqué en un mercante que encalló contra las rocas del cabo de Hornos. Fue una nochevieja. La nochevieja más triste de mi vida. Aunque la suerte tuvo a bien cogermelo de los pelos y subirme en una balsa. De ella nos rescató el capitán Copenhague. Un tío fantástico, otra noche le hablaré de él. Luego, después de muchas vueltas, cuando regresé a Marsella y la busqué, ya no estaba.

»Se llamaba Monique y su sonrisa no se me va de la cabeza. Pero no llore, madre. Que mañana vuelvo y le cuento más cosas...

Entonces, Laura, el viejo chasquea la lengua y, con manos temblorosas, cierra ese mapa que guarda en la memoria antes de decir...

—Acuéstame anda, que ya es hora.

Luego, apenas lo meto en la cama y le deseo buenas noches, vengo corriendo a esta cafetería de la que ya te has marchado. Entonces, sofocado y solo, también culpable, me siento en la mesa del rincón, tu preferida, y repito para nadie historias como ésta que tú nunca te crees.

(Finalista del premio Vargas Llosa NH de relatos)